
UNA SEMANA

EN NICARAGUA

Carlos Luna Cortés *

Ni análisis sociopolítico ni discurso apologético. Intento, sin afán de descentramiento y sin ninguna pretensión de inhibir mi subjetividad en aras de la supuesta científicidad de la observación, elaborar una primera formulación comunicacional de mi experiencia en Nicaragua, a partir de lo que pude observar, escuchar y sentir durante una semana de estancia en aquel país centroamericano.

El ámbito de la experiencia

Invitados por la Escuela de Periodismo de la Universidad Centroamericana, Carlos Ruíz Sahagún, Miguel Basdrech y yo participamos en la segunda semana de diciembre, en un seminario encaminado a sentar las bases para el trabajo de diseño académico de la maestría en Comunicación de la universidad. El seminario giró en torno a la formulación de las necesidades sociales y comunicacionales de Nicaragua, la elaboración de un diagnóstico sobre las prácticas profesionales del periodismo y la comunicación, y la exploración de las estrategias metodológicas del diseño curricular. Durante cinco días en

*Licenciado en Ciencias de la Comunicación por el ITESO, maestro en Comunicación por la UIA. Profesor de tiempo completo del ITESO.

una agenda apretada de trabajo, tuvimos la oportunidad de convivir intensamente con profesores de la escuela y con otras personas del medio académico y periodístico de Managua. El ambiente general de cordialidad y apertura que prevaleció durante el seminario y la misma temática del trabajo, propiciaron una discusión amplia de problemas complejos. Recuerdo, por ejemplo, la preocupación compartida por varios profesores en ejercicio activo del periodismo profesional, por clarificar criterios de acción a propósito de la contradicción existente entre el principio de la libertad de expresión y la solidaridad con un proceso revolucionario que impone, por razones de seguridad nacional, limitaciones concretas a la actividad periodística; o la expresión de una angustia provocada por la insuficiencia de conceptos y teorías para aprehender la realidad de los procesos de la comunicación dentro de una acelerada y escurridiza dinámica social.

Nuestra estancia en Nicaragua no se agotó en el seminario. Tuvimos posibilidad de convivir en un plan más informal con Vicente Baca, director de la escuela, con María Blanca, su compañera, con Victoriano Castillo, jesuita mexicano egresado del ITESO y asignado por la Provincia a la Universidad Centroamericana, y con otros profesores de la institución. Conocimos el recinto universitario, platicamos con el nuevo rector el P. César Jerez, S. J. y asistimos a la ceremonia de graduación de la primera generación de sociólogos de la revolución, ceremonia en la que Sergio Ramírez, vicepresidente de la República, pronunció el discurso principal. Especialmente significativo, aunque corto en el tiempo, fue el encuentro con Raúl Mora en la casa de la comunidad jesuítica de la universidad. Con él compartimos aspectos importantes de su experiencia de dos años en Nicaragua.

En fin, quiero con todo esto, decir que fue precisamente la relación interpersonal la fuente más rica de acercamiento a la realidad nicara-



guense; no sólo por las versiones que en esta relación se nos comunicaron sobre lo que ocurre en ese país, sino, y sobre todo, por la apreciación vivencial de la forma como esa realidad es vivida, proyectada y compartida.

Por supuesto, no tanto como yo hubiera querido, hubo ocasión de conocer algo de Managua y de visitar por carretera algunas poblaciones cercanas y sitios de interés, digamos, turísticos a través de una geografía tropical de lagos y volcanes.

La cotidianeidad del transporte aéreo, el aeropuerto y sus trámites aduanales, el cuarto y los servicios del hotel, las comidas en restaurantes y mercados públicos, los taxis, los cálculos monetarios para el pago de bienes y servicios, las llamadas telefónicas a Guadalajara, el trato directo con meseros, camareras, recepcionistas, vendedores, taxistas y demás prestadores de servicios; la cotidianeidad, en fin, de las circunstancias normales que rodean todo viaje, constituyeron también una fuente nada despreciable de experiencias recuperables e iluminadoras.

Managua

Para quien está habituado a la traza urbana de las ciudades mexicanas construidas en torno a los centros cívicos y religiosos, la ciudad de Managua es, por lo menos, descon-

certante. Devastado por el sismo de 1972, el centro de la ciudad es un enorme vacío asentado en las márgenes de un lago de aguas muertas. Sobreviven en ese centro las ruinas de la catedral y tres o cuatro construcciones de la época somocista que resistieron el temblor, en coexistencia con algunos pocos edificios gubernamentales, plazas públicas y monumentos a la revolución, de reciente construcción.

En torno a este vacío central y de espaldas al lago, la ciudad se dispersa en múltiples *repartos* (colonias) asentados anárquicamente y sin continuidad física entre sí, sobre un extenso terreno de lomas bajas que se eleva paulatinamente desde el lago. Los *repartos* se conectan por una red irregular de avenidas amplias, adoquinadas tiempo atrás por las fábricas de Somoza.

La ubicación intuída de un lago que prácticamente no se ve desde ninguna parte, un cerro pelón al fondo con la sigla del Frente Sandinista de Liberación Nacional, el único paso a desnivel, un cerro pequeño cerca del centro que alberga en sus laderas al Hotel Intercontinental, un hospital de muros altos, un lago pequeño de origen volcánico y el búnker de Somoza, la refinera a las afueras de la ciudad junto a otro lago también de origen volcánico que surte de agua

Managua es una ciudad tranquila y segura. La guerra, por lo menos en su cara de violencia física, no está presente en la ciudad. Síntoma claro de ello es la libertad con que se mueven los dirigentes gubernamentales prácticamente sin ningún dispositivo de seguridad. Algunos puntos estratégicos, como la refinería, o las zonas militares, están restringidos; el resto de la ciudad está totalmente abierto al tránsito y a la normalidad.

La guerra, limitada militarmente a las regiones fronterizas del país, sobre todo en la zona norte, tiene en Managua otro tipo de manifestaciones. La primera de ella, y tal vez la más dolorosa, es la constante movilización de jóvenes y adolescentes para resguardar de sabotajes la actividad económica de las zonas amenazadas, principalmente la recolección de café y la pizca del algodón, principales cultivos de exportación y, prácticamente, las únicas fuentes de divisas para el país. Resulta impresionante ver en los periódicos las planas enteras de los nombres de las personas que son llamadas para prestar el servicio militar. Las movilizaciones y desmovilizaciones (el regreso) van siempre precedidas de masivas ceremonias cívico—militares en las plazas del centro de la ciudad; ceremonias que han llegado a convertirse en parte cotidiana de la vida urbana.

El costo psicosocial de las movilizaciones y la ruptura violenta que esto produce en la vida de las familias, los barrios, las escuelas y los centros de trabajo es indudablemente muy alto, aunque hasta ahora imposible de dimensionar.

La guerra tiene también una manifestación muy clara en el agravamiento de la actividad económica del país. Ignoro la magnitud, pero parte sustancial de los recursos económicos y humanos tiene que distraerse de las actividades productivas, para utilizarse en la defensa de la revolución. En la otra cara de la moneda, la guerra tiene también efectos determinantes en la cohesión interna. Asumida y vivida como prioridad nacional e

identificado claramente al enemigo, la defensa convoca en un proyecto común a sectores amplios de la población, lima algunas de las diferencias internas y otorga al régimen márgenes importantes de legitimidad y maniobra.

Contra lo que pudiera pensarse, el proyecto de sociedad que ha surgido con la revolución, no tiene hasta la fecha perfiles precisos y definitorios. La lucha contra Somoza convocó prácticamente a todos los sectores de la sociedad, la iglesia y empresarios incluidos. Destruído el viejo régimen, el contenido y la orientación del proceso de transformación social ha transitado por un camino de conflictos, tensiones y descisiones. No me refiero sólo a los grupos contra revolucionarios que se oponen militarmente al régimen sandinista; sectores de empresarios y de la jerarquía eclesiástica, sin romper el nuevo marco institucional, enfrentan también abiertamente la orientación del gobierno. A distinta escala y en otro nivel, las diferencias se dejan entrever incluso en el propio grupo dirigente. El sandinismo no constituye un bloque homogéneo; existe, indudablemente, acuerdo sobre algunas cuestiones esenciales (el antimperialismo, la participación fuerte y activa del Estado en la conducción de los aspectos estratégicos de la economía, las reformas sociales, el cooperativismo, etc.); sin embargo, se perciben zonas de ambigüedad, por ejemplo, entre una economía mixta con márgenes amplios de acción empresarial privada y la economía centralmente planificada, el no alineamiento efectivo y los compromisos que impone la ayuda del bloque

socialista, por mencionar algunas de las indefiniciones que se logran percibir. Habrá que añadir a todo esto el papel que las fuerzas externas desempeñan sobre la orientación de la revolución, en especial la actitud adoptada por Estados Unidos, actitud abiertamente contrarrevolucionaria, o la capacidad que pueda desarrollar el grupo de Contadora para impedir una solución violenta a la crisis centroamericana. En síntesis, Nicaragua está en un proceso muy intenso de transformación cuyo destino no es todavía claro. Uno espera, por supuesto, que logre construirse una sociedad democrática, sin presiones externas, sin alineamientos y en la que prevalezca la justicia; sin embargo, las amenazas son muchas y lo que falta por recorrer es todavía demasiado.

De todo esto se puede platicar abiertamente con los profesores de la universidad; existe en ellos conciencia y preocupación efectiva por el destino del país. Supongo que ante la gente común la problemática no se formulará en este nivel de claridad. Sin embargo, así lo creo, por encima de las incertidumbres, de los problemas y las amenazas, la lucha que encabezó el sandinismo contra Somoza y la conducción que el mismo sandinismo lleva a cabo en la construcción de una nueva sociedad, conserva todavía márgenes amplios de legitimidad por el apoyo activo y pasivo que otorga un pueblo que ha padecido todo tipo de limitaciones, que ha participado en la lucha de liberación nacional, un pueblo esperanzado en una revolución que sigue defendiendo y de la que todavía no ha acabado de pagar sus costos.

